

EL CABREO DE UNAMUNO

*... me encuentro en un estado tan de ánimo
que me temo a mí mismo.*

*Me temo; temo estallar un día contra todos esos políticos
que me han amargado el alma y que al estallar se me estalle
el corazón.*

En el archivo de la gestión personal de Maurice Legendre de la Casa de Velázquez, en Madrid, se encuentran documentos de importancia. Tantos años de permanencia en España le permitieron a Legendre el encuentro y la amistad con muchos de nuestros intelectuales de primera fila. Entre ellos Miguel Unamuno con el que consta una estrecha relación y una correspondencia fluida. Por desgracia, como confiesa Legendre en esos papeles, muchas de las cartas de Unamuno desaparecieron durante la guerra civil. Otras, como la que aquí se transcribe, sólo la conocemos por copia del amigo francés.

La Gran Guerra europea había terminado, pero Unamuno no había terminado de batallar consigo mismo y con los demás, y, en grado extremo de cabrero, se temía a sí mismo.

Un bello texto de un español peculiar.

A. G. Madrid

Mr. Maurice Legendre.

En efecto, le han informado a usted bien, mi querido amigo, me encuentro en un estado tal de ánimo, que me temo a mí mismo. He pensado y pienso seriamente en irme de España, en desterrarme. Pero ¿a dónde? No sabe usted bien lo que he sufrido estos años, desde que empezó la guerra. Ustedes al fin, bien o mal y más o menos, han vencido, pero aquí los que desde un principio nos pusimos de parte de la civilidad y de la justicia y de la democracia, hemos sido vencidos. Alemania ha sido derrotada, pero el germanismo y la germanofilia, con su escuela de despotismo, de clandestinidad y de pretorianismo han vencido en España. Y aparte de esto, que es lo capital, porque es lo general, no sabe usted con qué bár-

bara obstinación se niegan a darme, personalmente, la única justicia que he pedido y que se me debe, la de explicarme una medida de razón clandestina y de motivos inconfesables que contra mí se tomó. Pero esto es cosa privadísima y lo que más me duele es la de todos.

No sé lo qué hacer, pero quiero irme, a la Argentina, a los Estados Unidos, aunque sea a Portugal, acaso mejor a su patria de usted, o a Italia; no sé bien a dónde. Lo malo es que para irme tengo que romper con esto, tengo que abandonar del todo mi cátedra —la dignidad me veda aceptar, y menos pedir, licencia o excedencia alguna legal— tengo que desarraigarme. Pero si no cambio de aires espirituales, voy a enloquecer; aquí me ahogo.

*Altamira quiso que me fuese con él ahora a París. Lo desea, pero no pudo ser. Además estoy sujeto a tres procesos y debo presentarme en el juzgado —pues no gozo sino de libertad provisional— cada primero y quince de mes. Ahora veo que se piensa crear un Instituto Español en París. ¡Lástima que sea cosa del gobierno! De otro modo qué bien me vendría ir allí por algún tiempo, trabajar allí por nuestro mejor conocimiento mutuo, por el acercamiento intelectual de España y Francia. pero no debo ni pensar en ello. Si fuese cosa privada, sí; siendo cosa oficial, ¡no! Yo soy aquí un **outlaw**.*

Hace poco estuve por escribir a Mr. Imbart de la Tour. ¡Qué equivocado está en algo! Pero no debo hacerlo.

Los pueblos, amigo mío, tienen los gobiernos que toleran, aunque no se los merezcan. Y no quiero hablarle de esto. Aunque tan españolizado es usted, al fin un no español, y un pudor patriótico me retiene.

Sí, sufro mucho, sobre todo de soledad espiritual. Y lo de la otra tarde en el Ateneo fue un estallido y un alarido.

Dicen que quieren llevarme algunos al Parlamento. Yo no quiero ir allá. Me temo; temo estallar un día contra todos esos políticos que me han amargado el alma y que al estallar se me estalle el corazón.

¡Ay, si pudiera pasarme una larga tempora en nuestra Peña! No sé que haré este verano; mejor, no sé qué harán de mí. Tendré que quedarme aquí, a pudrirme.

Ya sabe usted cuanto le agradezco sus palabras, que me han hecho mucho bien. No sé cuando nos veremos. Es muy amigo su

Miguel de Unamuno

Salamanca 10, V 19